

su género de influencia amable y dulce; este nombre es *Sainte Source*, la Santa Fuente ó Santo Origen. En España se le llama la Santa Cuna. Jamás se ha suscitado duda alguna respecto á la interpretación de las reglas y costumbres en que no se haya recurrido á este monasterio, persuadidos los demás de que allí se debía encontrar la más fiel memoria de las palabras é instrucciones de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal; persuadidos, sobre todo, de que en donde descansan los cuerpos sagrados de los Santos Fundadores, allí está también su espíritu. Por su parte el monasterio de Annecy no ha cesado de justificar, por su sabiduría, moderación y fervor, la confianza que toda la Orden ha tenido y tiene en él. Nunca se le ha visto aspirar á mando alguno, y jamás se ha mostrado indiferente á ninguno de los grandes intereses de la Orden; en muchas ocasiones ha tomado la iniciativa más juiciosa y feliz, por ejemplo, cuando la canonización de la santa Madre de Chantal, y después, cuando la publicación de las obras de la Santa y la alteración de sus cartas por los Jansenistas. A este espíritu de sabiduría, de moderación y de humildad por una parte, y por otra á este espíritu de dulzura y unión, á esta fidelidad á la memoria de los Santos Fundadores, es á la que debe la Orden de la Visitación, haber dado al mundo el hermoso espectáculo de una Orden extendida por todo el universo, sin superior general, visitador, ni capítulos anuales, y, sin embargo, viviendo en la unidad más estrecha, atravesando tres siglos, ¡y qué siglos!, sin haber tenido necesidad de reforma, y conservando en casas aisladas tal semejanza de ideas, usos, reglas y modo de obrar y de ver, que no creo haya habido nunca en la Iglesia un ejemplo más estupendo y admirable.



## CAPÍTULO XVI

Fundación del segundo monasterio, en Lyon.— De qué modo se vió obligado San Francisco de Sales á cambiar todos sus planes.

1615—1616 (1)

HACÍA poco tiempo que el nuevo monasterio de Annecy estaba habitado, cuando una mañana paró un coche á su puerta, y se vieron bajar cuatro ó cinco señoras y señoritas francesas. A una se la conocía al instante como religiosa del Paraclito; las otras llevaban el vestido negro, las mangas cortas, la

(1) Casi todos los documentos que nos han servido para componer este importante capítulo, son inéditos. Los principales son: 1.º *La fundación del segundo monasterio de la Visitación de Santa María, en la ciudad de Lyon (Francia), establecido el 2 de Febrero de 1615.* El autor es la Madre de Chaugy. Su manuscrito autógrafo se guarda en los archivos de Annecy. 2.º Dos Memorias intitulada la una: *Memoria de Dionisio de Marquemont, Arzobispo de Lyon, acerca de los inconvenientes de dejar la Visitación en forma de simple Congregación.* La otra tiene por título: *Respuesta del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra á una Memoria que le ha sido presentada por Dionisio de Marquemont, acerca de las mudanzas que deben hacerse en la Visitación.* Tenemos dos ejemplares de la primera Memoria: uno se conserva en la Visitación de Annecy; otro, de mano de la Madre de Chantal, estaba en la Visitación de Turín. En cuanto á la respuesta de San Francisco de Sales, la Visitación de Annecy tiene una copia muy antigua, aunque no es de mano del Santo. 3.º *Vida de la señora de Auxerre, fundadora y primera novicia del monasterio de Lyon* (en el claustro Sor María Renata Trunel). Esta Vida, escrita también por la Madre de Chaugy, se encuentra en las *Vidas de las Viudas*, reimpresas en nuestros tiempos por el Sr. D. Carlos d'Hericourt; París, Gaume, 1860, un vol. en 12.º

crucecita pectoral y el pañuelo puesto alrededor de la cabeza, que era el distintivo de las viudas á fines del siglo XVI y aun á principios del XVII. El rostro de las viajeras correspondía á su traje, respirando piedad y modestia. Las religiosas las recibieron con esa cordialidad que empezaba á distinguir á las hijas de la Visitación; pero ninguna, ni aun la Madre de Chantal, pensó entonces en la influencia que aquellas obscuras viajeras tendrían sobre la Congregación naciente.

La que llevaba el traje religioso se llamaba la señora de Gouffier. Perteneciente á una de las más ilustres familias de Saintonge, alistada á pesar suyo en una Orden religiosa que decaía, suspiraba por una reforma que no tenía fuerzas para cumplir, cuando vino á caer en sus manos el libro de la *Introducción á la vida devota*. Conmovida y entusiasmada con su lectura se enteró del autor, y sabiendo que era un Santo Obispo de Saboya, y que recientemente había fundado una Orden religiosa, á la cual había comunicado un espíritu aún más excelente, le escribió pidiéndole permiso para ir á visitar su monasterio de Annecy.

El Santo le respondió «que pues no deseaba más que la imitación de la Cruz, de la obediencia y de la humildad del Salvador, podía venir; pero que supiese por adelantado, que la casa en que se la recibiría era de una pequeña Congregación, en que aún no había comodidad, donde todas las cosas eran pobres, humildes y abyectas, excepto la pretensión de las que la habitaban, que era nada menos que llegar á la perfección del divino amor» (1).

Habiendo recibido esta carta la señora de Gouffier, se puso inmediatamente en camino. En Lyon se encontró con una señora de gran virtud, la señora de Auxerre,

---

(1) Carta inédita de San Francisco de Sales, sacada de la *Fundación manuscrita de Lyon*, pág. 53.

viuda de un lugarteniente general de la Bailía de Forez, y ésta la hizo conocer á la señora de Chaudon, que vivía con ella, y á quien quería como si fuese hija suya. La señora de Chaudon había sido casada, pero después de algunos años de matrimonio, habiéndola manifestado su marido que deseaba ser capuchino, se había retirado á casa de la señora de Auxerre para dedicarse á la oración y al recogimiento, esperando la hiciese Dios conocer la Orden religiosa á que la llamaba. Las almas santas se buscan, y acaban por encontrarse, aun en medio del mundo. Las señoras de Auxerre y de Chaudon tenían amistad muy íntima con otra viuda más joven, muy piadosa y favorecida de Dios con el don más admirable de oración; la señora Isabel Colín, viuda del señor juez Colín, á quien Dios inclinaba á la vida religiosa, y á la que había hecho ver un día en la oración una tropa de religiosas desconocidas, cuyo hábito había de tomar; pero hasta entonces no había podido saber dónde se encontraban estas nuevas religiosas.

La señora de Gouffier habló á estas tres señoras de la Congregación fundada por San Francisco de Sales y por la Madre de Chantal, y determinaron venir juntas á la ciudad de Annecy, á «averiguar santamente si ésta era la tierra que Dios quería darles (1).»

La santa Madre de Chantal las recibió con una bondad y afabilidad que las encantó; les enseñó por sí misma toda la casa; les explicó el orden de los ejercicios; las presentó á las Hermanas, cuya dulzura, modestia y humildad no podían alabar bastante. Esto sucedía en un momento en que, según la dulce expresión de las antiguas *Memorias*, «sus fieles esposas habían rogado al Amado viniese á su nuevo y pequeño jardín á visitar y gozar de sus aromas, y accediendo á su deseo, cogía en él una florecita, llamando para sí á una de las más jó-

---

(1) *Vida de la señora de Auxerre*.

venes Hermanas, Claudia Francisca Roget, dedieciocho años de edad (1).» Nuestras viajeras vieron á esta feliz agonizante en su lecho de dolor, amable y contenta, jugando con la muerte, y no suspirando sino por la eternidad, que tan próxima veía. La señora de Auxerre no podía desviar sus ojos de aquella cama, y se sentía más y más decidida á entrar en una casa en donde era tan dulce morir. Sus tres compañeras participaban de los mismos sentimientos. Al ver á la Madre de Chantal con sus hijas, la señora de Colín se acordó al instante de las religiosas que se le habían aparecido en sueños, y había prometido á Dios consagrarse á su servicio en el nuevo Instituto. La señora de Auxerre comprendió al instante por qué había estudiado en vano todas las reglas, visitado tantos monasterios y visto tanta clase de abnegación sin que su corazón se conmoviese. «Y era que Dios—decía—me destinaba á llevar su yugo dulce y suave en esta querida Visitación, donde encuentro las flores del Tabor y las espinas del Calvario (2).»

San Francisco de Sales venía á verlas todos los días, hablaba largo tiempo con ellas de sus necesidades, de su porvenir y vocación, y santamente celoso de la perfección de su obra, gustaba de que le diesen cuenta de sus impresiones. Se cita con este motivo un hecho que muestra su amable condescendencia. Habiendo preguntado un día á la señora de Colín si no había alguna cosa que disgustase á la señora de Gouffier, le respondió sencillamente que la daba mucha pena ver comer á las Hermanas en platos y tazas de barro y con cucharas de palo. El Santo, que se hacía todo para todos, aunque amaba esta pobreza primitiva, comprendió su repugnancia, y añadió en las Reglas, que las Hermanas podrían tener las cucharas de plata por cau-

(1) *Fundación manuscrita de Annecy*, en fol , pág. 24.

(2) *Vida de la señora de Auxerre*.

sa de la limpieza, y por imitar al gran San Agustín, que sólo tenía la cuchara de este limpio metal, y reemplazó los platos de barro con los de estaño. En cuanto al azúcar, cuya falta sentía la señora de Gouffier en la leche y en el arroz, no permitió su uso sino cuando lo mandase el médico.

Después que estas señoras pasaron doce días en Annecy, se volvieron á Lyon, excepto la señora de Gouffier, que no pudo resolverse á dejar esta casa, donde tomó poco después el hábito de novicia. Las otras tres tenían el mismo deseo; pero como no gozaban de la misma libertad, tuvieron que volverse á Lyon, resueltas á valerse de todos los medios para establecer allí un segundo monasterio de la Visitación. En efecto, apenas llegaron cuando la señora de Auxerre compró una casa en la calle del Grifón, y sacando de la bolsa de las señoras de Colín, de Chaudón, y aún de la del ilustrísimo Sr. Dionisio de Marquemont, llegó á amueblarla por el mismo estilo que la de Annecy. No le quedaba que hacer sino escribir á San Francisco de Sales y rogarle enviase algunas Hermanas para hacer la fundación, cuando obstáculos inesperados se levantaron contra este proyecto. Hombres que tenían grande influencia en Lyon, y que poseían la confianza del Arzobispo, empezaron á preguntar en público si Dios no sabía hacer maravillas sino por medio del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra; si otros Obispos no eran capaces de erigir Congregaciones tan perfectas y bien arregladas como la de Annecy; si la señora de Auxerre, mujer de tanta virtud, no era capaz de hacer en Francia lo que la señora de Chantal hacía en Saboya, y otras muchas cosas, escuchadas favorablemente, como sucede con todas las que halagan nuestro amor propio. En consecuencia, y sin más examen, se decidió que así como el Ilmo. Sr. de Ginebra había erigido una Congregación de la Visitación en Annecy, el Ilmo. Sr. de Marquemont

erigiese otra de la Presentación en Lyon. Al momento se empezaron á redactar las Constituciones, que se encargaron al que había trabajado más para que no se fundase el monasterio de la Visitación. Arregladas ya las Constituciones, se las hicieron aprobar al Cardenal de Marquemont, y se mandaron á París, donde, contando con grandes recomendaciones, se esperaban muy pronto las patentes. La señora de Auxerre y sus compañeras tomaron un hábito de color *mínimo*. «No era—dicen con alguna ironía las antiguas *Memorias*— el color del que gobernaba á las nuevas Hermanas.»

El establecimiento se hizo con toda pompa y con una inmensa concurrencia, tanto por la novedad del caso, como por la extraordinaria reputación de virtud de que gozaba la señora de Auxerre (1).

Cuando se funda una Orden religiosa, no es lo más difícil trazar la forma del hábito, redactar las reglas, reunir las Hermanas ni edificar la casa; es el infiltrar el espíritu de unidad. No hacía sino algunos meses que se había fundado el Instituto de la Presentación, cuando, solicitado en todas direcciones, dividido en mil pedazos, expiraba por la división que le roía. La buena señora de Auxerre y sus compañeras, que por obedecer al Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon habían consentido en ponerse á la cabeza del nuevo Instituto de la Presentación, se consumían de dolor y golpeaban su pecho, creyendo que cuanto sucedía era castigo de su conducta. En estas circunstancias, la señora de Gouffier, que en el momento de ligarse definitivamente en la Orden de la Visitación volvía á su abadía del Paracleto para poner en orden sus negocios, pasó por Lyon y vino á ver á sus antiguas amigas. La señora de Auxerre la contó llorando la falta que había cometido, el pesar que desde

---

(1) *Fundación del segundo monasterio de la Visitación, en Lyon, manuscrito, pág. 56.*

entonces tenía, y que se aumentaba todos los días por las divisiones que veía; y por último, la rogó escribiese á San Francisco de Sales para pedirle perdón y suplirle enviase Hermanas. Al mismo tiempo fué con sus compañeras á echarse á los pies del Arzobispo, y bañándolos con sus lágrimas le rogaron que, en atención á que el nuevo Instituto perecía, permitiese se llamase á Lyon el de Ancecy, que tan visiblemente protegía Dios. El Ilmo. Sr. de Marquemont consintió en ello, y prometió escribir por sí mismo al siervo de Dios, «su bueno y querido cohermano,» lo que hizo efectivamente en términos muy urgentes.

Mientras esto sucedía, un acontecimiento notable acabó de iluminar á los que querían ver. El Arzobispo de Lyon había expedido al Rey cartas para rogarle autorizase el nuevo Instituto que quería fundar con el nombre de Instituto de la Presentación. Las cartas-patentes llegaron, y todos quedaron sorprendidos viendo no sólo en las cartas, sino en todos los papeles, y aun en los mismos dirigidos al Rey por el Arzobispo, que en cuantas partes se había escrito *Congregación de la Presentación*, decía en caracteres muy limpios y bien formados: *Congregación de la Visitación*. Un grito de admiración general acogió este descubrimiento, y aun los mismos que antes se habían opuesto á que vinieran á Lyon las Hermanas de la Visitación, decían: «Verdaderamente Dios trabaja en favor de estas religiosas.»

Pero, en efecto, ¿cómo no trabajaría Dios por ellas? Durante todos estos contratiempos, la Madre de Chantal manifestaba una dulzura, una paciencia y una humildad admirables. Se creía indigna de ser empleada en la obra de Dios; era feliz viendo que Dios escogía mejores instrumentos—decía;—y conteniendo la impaciencia de algunas Hermanas, las recordaba que era mucho mejor aumentar el número de sus virtudes que el de sus casas.

Vencidos todos los obstáculos, San Francisco de Sales, que había recibido cartas del Ilmo. Sr. de Marquemont, encargó á la Madre de Chantal fuese á Lyon para hacer la fundación, dándola por compañeras á las Madres María Jacobina Favre, María Petra de Chatel y María Amada de Blonay, como también á la Señora de Gouffier, que había tomado el hábito y se llamaba María Isabel. «Porque—decía—siendo grande la empresa, y ésta es la primera ramita que sale de nuestra casa, es preciso enviar lo mejor de nuestra Congregación» (1).

El Sr. Menard, Vicario general de Lyon, vino á Annecy á buscar á las Hermanas con un coche. San Francisco de Sales las acompañó hasta las afueras de la ciudad, bendiciéndolas con tan dulces palabras, que todas se deshacían en lágrimas; y algunos días después, como si su corazón no estuviese aún satisfecho, continúa llenándolas de mil y mil bendiciones, escribiendo á la Santa Madre de Chantal (2):

«Yo os saludo mil y mil veces, Madre la más amada del mundo, y no ceso de derramar mil deseos sagrados sobre vos y sobre vuestra compañía. ¡Ah Señor! ¡Benedicid con vuestra santa mano el corazón de mi muy amable Madre, á fin de que sea como un origen fecundo que produzca muchos corazones!

»¡Benedicid á mi primera y querida hija María Jacobina Favre, á fin de que sea el principio permanente de la alegría del Padre y la Madre que le habéis dado! ¡Que la querida hija María Petra de Chatel sea un aumento continuo de consuelo en la Congregación en que la habéis plantado, para florecer y fructificar en ella copiosamente! ¡Sea la querida hija María Amada de Blonay amada de los ángeles y de los hombres,

---

(1) Carta de San Francisco de Sales al Sr. de Blonay, 2 de Enero de 1615.

(2) Carta del 4 de Febrero de 1615.

para provocar á muchas almas al amor de vuestra divina Majestad! Y ¡benedicid el corazón de mi querida hija María Isabel de Gouffier, para que sea un corazón de inmortal bendición!

»Mi querida Madre, ¡que bendición sobre bendición, y hasta el colmo de toda bendición, caiga sobre vuestro corazón! ¡Que veáis á vuestra hija mayor siempre empezando de nuevo por aumentos de amores celestiales, creciendo siempre en virtudes la segunda, amante siempre la tercera, y la última siempre bendita, á fin de que la bendición del santo amor crezca y renazca siempre en vuestra pequeña junta! Y sobre todo, ¡que el corazón de mi muy querida Madre, como el mío propio, esté siempre todo lleno del santísimo nombre de Jesús!» (1).

— Y como la Madre de Chantal había sentido singularísima pena en separarse del bienaventurado, la escribía en particular: «Y bien, mi muy querida hija; siendo Dios la unidad de nuestros corazones, ¿quién separará jamás estos corazones? ¡No! Ni la vida ni la muerte, ni las cosas presentes ni las futuras nos separarán jamás ni dividirán nuestra unidad. Id, pues, mi muy querida hija, donde Dios nos llama; id con un solo corazón, donde Dios nos quiere... id suave y alegremente. Yo estoy donde vos estáis. ¡Oh! sí. ¡Bienaventurados son los que buscan á Dios con todo su corazón, dejándolo todo, y aun al mismo padre que les dió, para seguir á su Divina Majestad!» (2). Y algún tiempo después: «Y ¿qué importa que estéis aquí ó allí? Porque ¿quién puede separarnos de la unidad que está en Nuestro Señor? En fin, me parece que es una cosa enteramente igual para nosotros que estemos en uno ó dos lugares, porque nuestra amable unidad subsiste en todas par-

---

(1) Carta del 4 de Febrero de 1615.

(2) Carta del 26 de Enero de 1615.

tes, gracias al que la hizo. Quedemos, pues, en paz con esta seguridad» (1).

Habiendo salido de Annecy la pequeña Comunidad el 25 de Enero de 1615, no pudo llegar á Lyon hasta el 1.º de Febrero. Un acto notable de obediencia inmortalizó, por decirlo así, este viaje. Habiendo llegado al lugar en donde se había de pasar la noche, las Hermanas se calentaban alrededor del hogar, en el que ardía un buen fuego, y en medio de él había un hierro ardiendo. De repente le ocurrió al Sr. Menard probar la obediencia de las Hermanas. «He oído decir—pensó—que en Santa María se observa una perfecta obediencia; hagamos, pues, la prueba con el fuego.» En seguida, mirando á la Madre María Petra de Chatel: «Hermana mía, por caridad, quitad ese hierro que hay en la lumbre; echadlo fuera.» Apenas había acabado de hablar, cuando se ejecutó el mandato; de suerte que antes cogió la Hermana con la mano el hierro ardiendo, que el Sr. Menard tuviese tiempo para verlo. Arrebatado de admiración: «Dejad, dejad—la dijo prontamente,—Hermana mía;» y ésta, sin inmutarse, volvió á dejar tranquilamente el hierro en el fuego. Se creyó que tendría quemada toda la mano, pero habiéndosela hecho abrir, se la encontró buena (2).

Al acercarse á Lyon la Venerable Madre de Chantal, sintió que el ángel protector del reino la acogía favorablemente, y tuvo una gran certeza interior del progreso y de los frutos que el Instituto daría en Francia (3).

Grandes sucesos esperaban efectivamente á la Visitación en el reino de Francia. Nacida apenas, indecisa aún, sin reglas todavía ni Constituciones, ni un fin absoluto determinado, debía encontrar en Francia su

(1) Carta del 13 de Mayo de 1615.

(2) *Vida de las primeras Madres*, tomo I, pág. 315.

(3) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 157.

complemento y forma definitiva. ¡Cosa notable! Casi todas las Ordenes religiosas no se han desarrollado ni han invadido el mundo sino después de haber pisado el suelo francés. San Benito vive y muere en Italia, pero su primero y más ilustre discípulo, San Mauro, se apresuró á establecerse en Francia. San Columbano vino también de Irlanda; San Bruno, de las riberas del Rhin; San Norberto, del centro de Alemania; el ilustre español Ignacio de Loyola, de Pamplona; Santo Domingo, español también, de Castilla; todos, en fin, extranjeros, y todos traídos misteriosamente á Francia, sea porque predestinando Dios á la Francia para ser la hija mayor de la Iglesia, ha querido reservarla el honor de poner la mano en todas las grandes obras católicas, sea que el carácter francés, por sus bellas cualidades de viveza y ardor, es más á propósito que otro alguno para imprimir en las cosas ese carácter de sencillez, grandeza y gracia que triunfa de los espíritus y seduce los corazones.

En Lyon fué recibida la Madre de Chantal y sus hijas con una alegría extremada por la buena señora de Auxerre, la cual, *motu proprio*, depuso toda su autoridad en manos de la Santa; y al otro día, 2 de Febrero de 1615, fiesta de la Purificación, el Sr. Menard, que había ido á buscar á las Hermanas á la ciudad de Annecy, dijo solemnemente la Misa, y declaró en nombre del señor Arzobispo de Lyon, entonces ausente, y con general alegría de la ciudad, que el nuevo monasterio quedaba canónicamente establecido. Un inmenso gentío asistió á la ceremonia. El mismo día, la señora de Auxerre y sus dos compañeras tomaron el hábito de novicias, y desde este momento—dice la Venerable Madre de Chantal—empezamos nuestro género de vida y diarios ejercicios con alegría, paz y bendición.

La señora de Auxerre había dotado la casa con un capital de diez mil libras, las cuales producían en renta